

nos ha dejado es sencilla e inobjetable. Consideró que era la mejor, pues a pesar de sus corifeos, contaba con el mayor número de feligreses en el mundo occidental.

Lo evocamos a propósito del autor de «Campesinos» y «Casa de la Infancia». Le han salido detractores envenados. Puede decirse que la debilidad de muchos ha organizado su fuerza contra él, y ya se cuentan algunos usufructuarios azarosos en que se actualiza aquello de «a río revuelto...».

Llega el instante en que puede ayudarnos a juzgar el personaje de Bocaccio, habida consideración de que Luis Durand cuenta con el mayor número de lectores en el país. Son decenas de miles los ejemplares de sus obras que nos hacen respirar el aire salubérrimo de nuestra propia conciencia. Y sólo sabiendo lo que somos podemos corregirnos, abandonar lo que nos hace menos y conseguir lo que nos haga más.

«HEREDAD DEL HOMBRE», de Altenor Guerrero. Ediciones Flor Nacional.

Hermoso título, ponderado.

Conocemos largamente al autor, desde su adolescencia, inspirada siempre por el amor de la buena literatura, y sobre todo por la devoción de la tierra austral, patria de buen gusto.

Por el atinado comentario crítico de Gustavo Muñoz en la revista *Travesía*, sabemos que Guerrero hizo selección somera al publicar este libro, y suponemos que—debiendo no incluir algunos—no olvidó otros de más enjundia.

Notable por el volumen de su mensaje terrestre,

verde, genético nos parece «Sementera caída», en que se predica de Temuco: «Nación de musgo, virgen hieladora». Y también: «Criba de raíces, lago de esporas, armado corazón y semillero». Termina el soneto con la pululación léxica que sugiere y entraña la riqueza paridora con laxitud señoril, con desconyuntamiento elegante a la vez que poderoso: «Escucho la matanza de los trigos. Floridor estío, mar desvelado—se santigua la amapola—lo digo—y en el cristal del aire encanecido, un arcángel terrestre derribado nos inunda de espigas y latidos».

Sensibilidad exigente campea a menudo en Guerrero. Los acentos telúricos son logrados, excepción hecha de aquellos en que se hace profesión reivindicacionista, profesión redentora, como en «Pueblo», por ejemplo. Con buenos sentimientos puede hacerse mala poesía...

«OLEAJE», de Daniel Belmar. Ediciones Flor Nacional.

Nos preocupó ya este libro en el último número de la *Revista de Educación*. (N.º 57, mes de diciembre).

Otra voz de la frontera. Desde «Roblehuacho» se ha instalado Belmar entre los novelistas recomendables del último tiempo, y alquila privilegiado sitio. «Oleaje» es de lo más bello que conozcamos, por contenido y técnica: un todo de alta literatura. Admirable equilibrio de sentidos, de inteligencia y onírica sustantividad. Diríase que, enfocando a ratos el océano y la mina, asimiló el isocronismo del primero, bebió lo majestuoso del ritmo en su pulso cósmico, y aspiró la fuerza turbia y dura de la segunda, con